

**La respuesta periodística
al atentado contra Carrero Blanco:
¿Serenidad o uso de la Fuerza?**

Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura
PILAR

Miranda, la tierra tiembla bajo nuestros pies. Éstas fueron las palabras que Franco dirigió a Torcuato Fernández Miranda, presidente en funciones, cuando se enteró del asesinato de Carrero Blanco¹. No se equivocaba, la tierra temblaba bajo los pies del régimen: textual, metafórica y políticamente hablando.

El almirante Luis Carrero Blanco había sido desde principios de los años 50 el hombre de confianza del Caudillo². Fue el impulsor de los pactos con Estados Unidos y el Vaticano en 1953, que no sólo permitieron el resuello internacional del Régimen, sino un incipiente desarrollo económico amplificado en la década de los sesenta. Sin la intervención del almirante, Franco no hubiera permitido la definición y posterior implementación del Plan de Estabilización de 1959, con el que no comulgaba al principio³.

Superada la dura posguerra y consolidada la apertura internacional, el Régimen se introducía en un proceso de modernización económica capitaneado por los tecnócratas y en el que Franco ya se retiraba de la primera escena política⁴, delegando sus quehaceres en su hombre de confianza: Carrero Blanco. No en vano, había separado en 1973 la Jefatura del Estado y la Jefatura del

1. Según Victoria PREGO, la frase exacta era: «Miranda, se nos mueve la tierra bajo los pies». Ver Victoria PREGO, *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 26.

2. La biografía de Carrero escrita por Javier TUSELL es una de las mejores obras para entender la vida del presidente del Gobierno: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

3. Enrique MORADIELLOS, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, p. 128-137.

4. Como afirma Paul Preston en su biografía sobre Franco, desde este momento el Caudillo se convierte en «homo luddens»: Paul PRESTON, *Franco, «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 1994, p. 816-852.

La escritura de la violencia y sus representaciones

Gobierno por primera vez en la historia del Régimen. De la primera seguiría ocupándose «el Generalísimo»; la segunda sería gestionada por un Carrero en quien muchos confiaban la continuidad del franquismo sin Franco.

Pero aquella fría mañana del 20 de diciembre de 1973, los planes empezaron a complicarse cuando tres cargas antitanque –dispuestas longitudinalmente en la Calle Claudio Coello de Madrid– hicieron saltar por los aires el coche de Carrero. El presidente del gobierno era un hombre de fieles costumbres y siempre realizaba el mismo itinerario. Iba a misa de nueve todos los días a la Iglesia de los Jesuitas, y de ahí partía en coche oficial a su despacho, situado en la Castellana. Para ello debía tomar la Calle Claudio Coello, y fue allí, a la altura del número 102, donde los terroristas excavaron un túnel desde un semisótano y colocaron las cargas antitanque que después hicieron estallar al paso del coche oficial. En la explosión murieron los dos escoltas y el presidente.

Se ha debatido mucho sobre las circunstancias y la autoría del atentado. Un día antes del magnicidio había visitado Madrid el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, quién se había reunido con Carrero en la embajada de Estados Unidos, situada en la Calle Serrano, muy cerca del lugar donde un día después acabaría asesinado el presidente. El hecho de que los servicios de inteligencia, encargados de la seguridad de la zona, no hubieran detectado la verdadera obra de ingeniería realizada por los terroristas, ha dado pie a la formulación de todo tipo de teorías conspirativas: desde un atentado planeado por algún sector opuesto a Carrero dentro del Régimen, hasta una posible intervención de la CIA en la planificación del magnicidio⁵.

Además, el hombre responsable de la seguridad del presidente en aquel momento, Carlos Arias Navarro, sería nombrado días después sucesor de Carrero. Ambas cuestiones han dado pábulo a una serie de hipótesis que historiográficamente no pueden mantenerse, pues aún no hay pruebas concluyentes que las confirmen.

En honor a la verdad, hay que recordar que los servicios de inteligencia españoles eran escasos y además tenían una corta experiencia en aquel momento, por lo que es comprensible que no hubieran detectado los preparativos del atentado. Al mismo tiempo, resulta poco probable que un sector

5. Todas estas hipótesis quedan formuladas en la obra: Carlos ESTÉVEZ; FRANCISCO MÁRMOL, *Carrero, las razones ocultas de un asesinato*, Madrid, Temas de Hoy, 1998.

del Régimen se arriesgara a eliminar físicamente a una figura que gozaba de la total confianza del Caudillo. Días después, en una conferencia de prensa pronunciada en Bayona, la banda terrorista ETA reivindicó la autoría dando detalles de la preparación y ejecución final del atentado. Las dudas sobre la autoría empezaban a despejarse, pero la estabilidad del Régimen había sufrido un duro varapalo y aún no estaba clara la respuesta que había de esgrimirse ante tamaño ataque. En este artículo, nos centraremos precisamente en el debate sobre aquellas respuestas consideradas por la prensa como más idóneas frente al atentado, que bascularán entre la defensa de la serenidad y el uso de la fuerza contra los terroristas.

La explosión que tuvo lugar en Madrid aquel 20 de diciembre de 1973 horadaba los pilares fundamentales del edificio franquista, por eso el comentario del Caudillo a Fernández Miranda estaba cargado de sentido. Efectivamente, la desaparición de Carrero evidenciaba, cuando menos, dos desajustes fundamentales:

1. El del sistema político con su entorno social. Y desde luego, con un determinado grupo de ese entorno que, constituido en banda terrorista, había atentado en pleno centro de Madrid contra el presidente. ETA había demostrado tener suficiente capacidad logística para organizar y ejecutar aquel magnicidio. Su existencia empezaba a plantear todo un reto de supervivencia para el Régimen en un contexto, además, donde numerosas fuerzas sociales se oponían cada vez con más contundencia al franquismo. La coincidencia del proceso 1001 con el asesinato de Carrero planteaba un escenario cada vez más incierto de cara a la consolidación de la Dictadura.

2. El del sistema político con su auto-perpetuación. Porque aunque el sucesor «de derecho» era Juan Carlos a título de Rey, el sucesor «de hecho» era Carrero Blanco desde su puesto como presidente del Gobierno. Ante la avanzada edad del Generalísimo y sus cada vez más mermadas condiciones físicas, Carrero se convierte en verdadero timonel que habrá de conducir el barco hacia el futuro. El Almirante tiene suficiente autoridad dentro del Régimen, pese a que cuenta con enemigos, para cumplir esa función.

Un entorno hostil y una perpetuación difícil son los grandes retos que habrá de enfrentar la Dictadura franquista. A continuación, vamos a desgranar la actitud de los principales periódicos españoles, de tirada nacional, ante el atentado contra Carrero. Se trata de ver qué respuesta se esgrime como más idónea frente al magnicidio. Las cabeceras más proclives a la apertura política hacia formas liberales democráticas considerarán que lo importante es mantener la serenidad frente a posibles conatos de respuesta violenta. Por su parte,

El Alcázar como representante de la prensa reaccionaria, considerará que sólo podrán mantenerse las esencias del régimen si éste responde usando la fuerza contra los terroristas. Recorramos, pues, ambos caminos.

La respuesta periodística al atentado: entre la serenidad y la violencia

Los gritos en el entierro de Carrero hacen presagiar un desenlace dramático para la crisis planteada⁶. La ira con que los ultras claman justicia puede introducir al país en una lógica peligrosa para un Régimen que ha demostrado públicamente, y sin quererlo, los serios desajustes que le afectan. Por eso, tanto desde la prensa reformista como desde la reaccionaria, las primeras llamadas son de serenidad, moderación y mesura. Sólo así podrá conseguirse la estabilidad política que necesita el país.

Torcuato Fernández Miranda comparece la noche del día 20 con este discurso tranquilizador. Sus palabras quedan resaltadas especialmente en la prensa reformista:

Nuestro dolor no turba nuestra serenidad. La serenidad en estos momentos es la mejor expresión de nuestra fortaleza⁷.

Dolor sí, pero serenidad y fortaleza también. El gran enemigo de la dictadura es ahora el extremismo que, a derecha e izquierda, puede generar una espiral de violencia dramática. Advirtiendo tal peligro, el siguiente editorial de *Informaciones* declara

La aversión masiva hacia el empleo de la violencia [...]. No debemos dar curso a un proceso de acción-reacción que favorezca las alternativas –antagónicas, pero complementarias– de los extremos. No pecaremos de destructivos si hacemos votos para que el Gobierno responda a la provocación con tanta eficacia y energía como serenidad y ponderación⁸.

Buceando en esta respuesta serena vamos a encontrar matices muy interesantes que deben exponerse aquí para que el lector observe las muchas caras del acontecimiento. Tras estas primeras llamadas a la moderación, pronto

6. La tensión durante el entierro queda bien reflejada en Victoria PREGO, *Así se hizo la transición*, op. cit., p. 35-59.

7. «El futuro está en las Instituciones», *Informaciones*, 21-XII-1973, p. 16.

8. «Lo que espera el país», *Informaciones*, 7-I-1974, p. 14.

aparecerá en la prensa reformista un interesante discurso autocrítico, donde se pone de manifiesto que la serenidad no puede confundirse con la desmovilización y la atonía política. De hecho, si éstas fundamentan la moderación, habrán triunfado los terroristas, que quieren un país maleable y desmovilizado para así poder realizar mejor su proyecto. La atonía favorece la indolencia, y éste es el paso previo a la definitiva ruptura de la estabilidad.

Concretamente es el diario *Ya* el que inicia esta interesante autocrítica, y lo hace aludiendo a una lógica duda que asalta a muchos españoles en aquel momento: ¿cómo es posible que un atentado de tal magnitud, en pleno centro de Madrid, no haya sido detectado por las fuerzas de seguridad?

Lo que nadie llegó a comprender es cómo es posible que el primer ministro de una gran nación vaya todos los días a oír misa en el mismo sitio, que puede ser una invitación al atentado. Y tampoco es fácil aceptar el hecho de que tanto ruido (perforar los fundamentos de una casa, sacar tanta tierra y arena, tender cables, molestar a toda la vecindad, subirse en una escalera para mejor dominar el sitio del suceso) no hayan provocado las sospechas y reacción de nadie. Alguien me brindaba la siguiente explicación: «Es que nosotros no sospechamos de nadie. Un hecho así, una monstruosidad de esta envergadura no cabe en nuestra mentalidad. Este es un país libre, donde todo el mundo hace lo que le da la real gana». Y es verdad⁹.

La explicación radica, según este periódico, en el exceso de confianza y un desinterés creciente por «la cosa pública»:

Pero ¿todo es serenidad, fruto de la madurez social?; ¿No habrá algo también de la atonía política que tantas veces se ha manifestado entre nosotros?¹⁰

La madurez y la serenidad no pueden confundirse con la desmovilización, porque si así ocurriera, España sería un caldo de cultivo perfecto para el triunfo de las tesis terroristas:

El pueblo ha mantenido una serenidad y madurez admirables, pero una serenidad que no se puede confundir con la indiferencia¹¹.

9. Vintila HORIA, «Con candor, desde la gente», en *Ya*, 26-XII-1973, p. 7.

10. Ignacio GÓMEZ DE LA ALBERCA, «En esta hora de sorpresa, de dolor y de expectación», *Ya*, 28-XII-1973, p. 7 y 8.

11. «Nuevo presidente», *Ya*, 30-XII-1973, p. 5.

Así despliega la prensa reformista su discurso respecto a la respuesta idónea contra el atentado. En primer lugar se insiste en el mantenimiento de la serenidad para impedir la desestabilización. Conseguida la serenidad, es necesario afirmar que ésta no puede basarse en la indiferencia o desmovilización políticas, porque ello abriría las puertas a las tesis más rupturistas.

La prensa reaccionaria sigue esta misma lógica, aunque aumenta el tono de su crítica, dirigiéndola especialmente a los sectores reformistas, pues considera que su actitud ha facilitado la acción de los asesinos.

El Alcázar coincide con el resto de periódicos en que resulta fundamental mantener la serenidad para garantizar la estabilidad. Sin embargo, sus objetivos distan de la prensa reformista. Mientras para *El Alcázar* esa estabilidad garantiza la continuidad del Régimen, periódicos como *Informaciones*, *Pueblo* o *Ya* consideran la estabilidad como condición necesaria para desarrollar las reformas políticas que necesita el país. Es decir, que la prensa reaccionaria alude a la serenidad para mantener su proyecto continuista y el sector reformista lo hace para no interrumpir la apertura.

Así pues, según *El Alcázar*, acudir a la violencia como respuesta sería traicionar la memoria de Carrero y su proyecto político:

La mayor traición que cabe hacerle al almirante Luis Carrero Blanco, muerto por España tras una larga vida consagrada a España, sería entregarse a gestos teatrales, a aparatosas vindictas: perder el rumbo¹².

Es preciso resaltar que es en esta hora de tribulación cuando con más firmeza y serenidad hay que enfrentarse al reto permanente que el pueblo español tiene planteado con su continuidad histórica y política¹³.

La serenidad garantiza la continuidad, según *El Alcázar*, pero cuando la tensión de los primeros momentos se supera, este periódico reaccionario pronto empieza a matizar sus llamadas a la serenidad para advertir que la moderación no puede confundirse con la indiferencia, la desmovilización o la ingenuidad. En un artículo firmado por Alfonso Paso, podemos leer:

¿Con qué contaron, en primer lugar, los terroristas? Con la ingenuidad de un pueblo que ha vivido demasiado tiempo en paz y en orden¹⁴.

12. Marcelo ARROITA-JÁUREGUI, «Anonadamiento», *El Alcázar*, 21-XII-1973, p. 3.

13. Antonio GIBELLO, «Por España, adelante», *El Alcázar*, 22-XII-1973, p. 3.

14. Alfonso PASO, «Del terrorismo», *El Alcázar*, 26-XII-1973, p. 35.

Algunos columnistas dan un paso más y empiezan a criticar las llamadas a la serenidad. Tras ellas, ven una operación claramente subversiva que intentaría instalar al pueblo en una desmovilización endémica. Desde esta perspectiva, la serenidad resulta condenable porque conduce a la rendición frente los enemigos:

Parece llegarse a la conclusión de que el único deber de los españoles, cuando se ha agredido a toda la nación en la persona del presidente del Gobierno, es el de mantenerse serenos, circunspectos y moderados [...] a no ser que lo que se pretenda es que el pueblo español esté ciego, sordo y mudo para que su reacción ante el asesinato se reduzca a colocar flores sobre una tumba¹⁵.

Los responsables de esta operación que induce a la atonía política son, según la prensa reaccionaria, los reformistas. Con sus llamadas a la apertura, a la democratización y a la modernización políticas han favorecido al terrorismo y a la subversión. La Reforma se convierte en cómplice de la Ruptura y todo lo que venga de ella resulta condenable, por eso, la serenidad no puede convertirse en el narcótico de una sociedad que debe reaccionar sin más demora:

No se trata pues de un grupo de desesperados de la ETA, sino de un sector de opinión que no ha dudado en amparar sus crímenes, de forma directa e indirecta, porque amparar el crimen es apoyar a los criminales.

Ahora, quienes con benevolencias apostólicas y simpatías democráticas habían realizado la escalada del crimen, han asesinado al presidente del gobierno. ¿Cuál ha sido la reacción? Está a la vista; serenidad, señores, aquí no ha pasado nada; las instituciones funcionan; no pongamos en peligro esas asociaciones que se vislumbran, vamos a seguir con lo nuestro...

Condenar el crimen sin atacar el clima de subversión en que se genera es sentar la base para nuevos asesinatos¹⁶.

Esta «subida de tono» está oscureciendo las primeras llamadas a la serenidad. La prensa reaccionaria resulta desgajada por dos pulsiones contrarias: una, aquella que dicta la necesidad de mantener la serenidad para impedir la desestabilización que pondría en peligro la continuidad del Régimen; y dos, aquella que le induce a responder contundente, y casi violentamente, a los terroristas. Aunque las dos opciones buscan el mismo fin –defender la continuidad del sistema– sus contenidos resultan contradictorios.

15. ARA, «Con serenidad y circunspección», *El Alcázar*, 24-XII-1973, p. 3.

16. *Idem*.

A medida que pasan los días, la prensa reaccionaria se inclina hacia el tono más duro, dejando entrever su apoyo al uso de la fuerza contra el terrorismo. Una vez han pasado los momentos de mayor incertidumbre, y cuando la estabilidad se ha garantizado, llega la hora de ir subiendo el tono. La serenidad resulta cada vez más condenable porque conduce a la desmovilización, provocada por unos traidores al Régimen que, con sus llamadas a la reforma, intentan derribar la victoria del 39.

Vuelven a las páginas de los periódicos reaccionarios el recuerdo de la Guerra Civil y las alusiones a la victoria. Los vencedores no están dispuestos a entregar su plaza al primer ataque de su enemigo. Siguiendo este argumento, *El Alcázar* recuerda las palabras que Torcuato Fernández Miranda dirigió a los españoles la noche del 20 de diciembre:

Hemos olvidado la guerra, en un afán de construir la paz de los españoles; pero no hemos olvidado ni olvidaremos nunca la victoria» [...]. Esta frase no ha sido resaltada por quienes parecen querer convertir la palabra «serenidad» en el nuevo opio del pueblo¹⁷.

De nuevo la linterna mediática alumbrá aquellas zonas del discurso que más interesan en cada momento. Mientras la prensa reformista ha insistido en la serenidad que inspiraba el discurso de Fernández Miranda, *El Alcázar* recuerda que el presidente en funciones defendió también la victoria obtenida en la Guerra Civil. La serenidad no puede adormecer conciencias, sino despertar la contundente respuesta contra el enemigo.

Sumido en esta retórica belicista, *El Alcázar* no tardará en sugerir que la violencia es un recurso justo, legítimo y eficaz contra las agresiones terroristas:

Recuerden que el emperador Augusto afirmó: «Si para conservar el orden y seguir adelante tengo que echar las legiones sobre el Senado, no dudéis que dictaré una ley para que echar las legiones sobre el senado sea un acto perfectamente legal»¹⁸.

La lucha contra el terrorismo plantea un nuevo tipo de guerra hasta ahora desconocida. El enemigo es borroso, dinámico, no está claramente localizado

17. ARA, «Con serenidad y circunspección», art. cit.

18. *Idem*.

ni lucha en campo abierto. Sus acciones son puntuales y no pueden responderse con divisiones militares. Ni siquiera la policía resulta eficaz, por eso, según afirman algunos columnistas como Emiliano Aguado, resultaría conveniente la organización de grupos paramilitares de ciudadanos que defendieran al resto de la sociedad de estas agresiones:

Es lo que pasa con el terrorismo, que por su carácter internacional, por su riqueza de medios, por su manera de contar con la sorpresa y con la fuga y por sus poderosos valedores, no es accesible a la policía.

Hay que organizar una policía supletoria de ciudadanos [...] con la atribución de defenderse y defender a la otra porción inerme [...]. Si no logramos que la sociedad reaccione contra el terrorismo como el organismo contra ciertos parásitos, de manera espontánea, inmediata y contundente, no nos quedará más remedio que seguir como hasta ahora, creyéndonos protegidos contra el crimen y el secuestro mientras no somos asesinados ni secuestrados¹⁹.

El Alcázar comenzaba defendiendo la serenidad como respuesta más idónea al atentado. Después criticaba que la ingenuidad del pueblo español había facilitado el golpe terrorista. A medida que pasaban los días, algunos columnistas concluyeron que no había ingenuidad, sino desmovilización provocada por unos aperturistas que, con sus invocaciones a la serenidad, habían favorecido el brutal golpe contra el presidente. España no podía cruzarse de brazos, por lo que era justo responder a la violencia con más violencia. Había que «echar las legiones sobre el senado», aunque esas «legiones» fueran una «policía supletoria de ciudadanos». En resumen, iniciamos un recorrido por la defensa de la serenidad para mantener la estabilidad, y terminamos nuestro camino leyendo unas llamadas al uso de la fuerza cada vez más evidentes. Al menos en la prensa reaccionaria, el dolor sí ha turbado la serenidad, demostrando la fragilidad de un Régimen cada vez más débil e intranquilo.

En el terreno de los hechos, y pese a lo que podemos leer en la prensa reaccionaria, el franquismo ha preferido la serenidad a la violencia. Ni una división militar ha salido a la calle como consecuencia del atentado. La policía trabaja en la identificación y detención de los terroristas, aunque ésta última aún no se ha producido. Con la lógica incertidumbre de haber perdido a su timonel, la nave del Régimen continúa una travesía cada vez más incierta.

19. Emiliano AGUADO, «Hay derecho a jugarse la vida», *El Alcázar*, 28-XII-1973, p. 3.

Dos discursos, dos posturas ante la crisis

Tal y como demuestra este artículo, dos caminos se abren en la prensa española ante el desafío que plantea el futuro: por un lado el camino de la reforma moderada de un régimen que debe transformarse para sobrevivir; por otro, la senda del conservadurismo intransigente que no quiere moverse un ápice de los principios fundacionales del 36.

Los periódicos reformistas, aquí representados por *Informaciones*, *Ya* y *Pueblo* han preferido la serenidad al uso de la fuerza, si bien han criticado que un exceso de tranquilidad genera una desmovilización que puede favorecer a los grupos desestabilizadores situados a derecha o izquierda. La reforma, pues, precisa de tranquilidad, pero no de desencanto, desmovilización y atonía. Por su parte, la prensa reaccionaria que aquí hemos mostrado a través de *El Alcázar*, considera a la serenidad como una herramienta urgente para garantizar la estabilidad en los primeros momentos tras el atentado. Pero cuando la tensión se diluye, *El Alcázar* carga las tintas no sólo contra los terroristas, sino contra el discurso de unos reformistas que al clamar por la apertura, la modernización y el cambio han favorecido –según este periódico– las tesis de ETA y sus grupos aledaños.

Dos maneras de entender la crisis, dos formas de regular la profunda incertidumbre que afecta a la dictadura en sus años terminales. Reforma y Reacción, dos discursos cuya interacción trazará los mimbres de la futura transición hacia la democracia.

Bibliografía y fuentes utilizadas

ESTÉVEZ, Carlos; MÁRMOL, Francisco, *Carrero, Las Razones Ocultas De Un Asesinato*, Madrid, Temas De Hoy, 1998.

MORADIELLOS GARCÍA, Enrique, *La España De Franco (1939-1975). Política Y Sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000.

PREGO, Victoria, *Así Se Hizo La Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.

PRESTON, Paul, *Franco, El Caudillo De España*, Barcelona, Grijalbo, 1994.

TUSELL, Javier, *Carrero. La Eminencia Gris Del Régimen De Franco*, Madrid, Temas De Hoy, 1993.

Prensa Diaria

El Alcázar (Madrid): del 20-12-1973 al 4-1-1974

Informaciones (Madrid): del 20-12-1973 al 4-1-1974

Pueblo (Madrid): del 20-12-1973 al 4-1-1974

Ya (Madrid): del 20-12-1973 al 4-1-1974

